

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et  
justitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—  
Pío IX, al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs., y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saaavedra, 55, rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

## PARTE EXTRANJERA.

### DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

FLORENCIA, 14 (por la noche).—Los diputados de la oposición han celebrado hoy una reunión y se han puesto de acuerdo para rechazar todas las nuevas contribuciones, cuyo establecimiento ha proyectado el ministro de Hacienda, calculando su importe a beneficio del Tesoro por una cantidad de 120 millones de francos.

BERLÍN, 14.—Los periódicos, comentando los artículos de los de París sobre la retirada de M. Ussedom, ministro de Prusia en Italia, confirman el hecho del disgusto provocado en la corte del rey Guillermo por la amistad que se ha establecido últimamente entre los Gobiernos de Florencia, Viena y París.

Dicen que si aun no existe un tratado formal de alianza ofensiva y defensiva entre las tres potencias, las negociaciones entabladas en ese sentido siguen por lo menos siendo muy adelantadas.

PARIS, 15 (por la tarde).—Créese que el Sr. de Mercier, representante de Francia en Madrid, no volverá a esa capital.

Ha llamado la atención la larga visita que los emperadores han hecho a doña Isabel y a D. Francisco de Borbón el sábado último.

PARIS, 15.—En la Bolsa de hoy se han cotizado los fondos a los precios siguientes:  
El 3 por 100 exterior español, a 32.  
3 por 100 francés, a 70-85.  
4 1/2 id., a 100-75.

LONDRES, 15.—Consolidados ingleses, de 92 7/8 a 93.

ROMA, 15.—Caros de fundamento la noticia dada por algunos periódicos extranjeros sobre la revisión del Concordato vigente entre la Santa Sede y Francia.

FLORENCIA, 15.—El duque de Aumale y el duque de Penthièvre han salido hoy para Nápoles, donde ha llegado ya para esperarlos el príncipe de Joinville.

TOLON, 16.—El almirante francés, comandante de la escuadra del Mediterráneo que había ido al Pireo con motivo del conflicto griego-turco, ha detenido el vapor-transporte el Var para apresarse el transporte de los cretenses que vuelve a su patria.

## CÓRTESES CONSTITUYENTES.

### PRESIDENCIA DEL SEÑOR RIVERO.

Extracto de la sesión celebrada el día 16 de Marzo de 1869.

Se abrió la sesión a las dos y veinte minutos, y leída el acta de la anterior, quedó aprobada. Pasaron a la comisión respectiva las exposiciones de los ayuntamientos de Badajoz, Tarragona, Miguelurra, Moguer, Benimusal, Almena, y las de D. Facundo Blazquez y de varias madres y vecinas de Munera, en la provincia de Albacete, en solicitud de que se decretase la abolición de quintas.

Pasó también a la comisión de Constitución una exposición de un crecido número de vecinos de Osuna, provincia de Soria, pidiendo que la única religión del Estado sea la Católica, Apostólica, Romana.

Dióse cuenta de que los Sres. Ferratges y Barcia no podían asistir a la sesión, por enfermos.

Pasó a la comisión de peticiones una exposición del ayuntamiento de Almería pidiendo la abolición de la pena de muerte.

Quedó sobre la mesa el dictamen de la comisión de actas relativo a la admisión, como diputado por Pamplona, del Sr. D. Manuel de Echevarría.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA: Ruego al señor presidente se sirva preguntar a la Asamblea si me da su venia para leer dos proyectos de ley: uno sobre arreglo de aranceles notariales, y otro sobre reforma de ley hipotecaria.

Hecha la pregunta a las Cortes y concediendo la autorización para dar lectura de los expresados proyectos, ocupó la tribuna el señor ministro de Gracia y Justicia y los leyó.

Se anunció que ambos proyectos de ley pasarían a las secciones para el nombramiento de las comisiones respectivas.

El Sr. ORENSE: Deseo saber si el Gobierno se ocupa en el importante asunto de los caminos vecinales.

El señor ministro de la GOBERNACION: Me consta que en el ministerio de Fomento, que es el que entiende en todo lo que se relaciona con obras públicas, se trabaja todo lo posible por el aumento de caminos vecinales: en este punto siempre estaremos de acuerdo todos, así como en cuanto se relacione con el bien y prosperidad del país.

Varios señores diputados presentaron, y pasaron a las comisiones respectivas, solicitudes pidiendo la abolición de quintas y matrículas de mar, contra el impuesto personal, el desamortamiento de la sal y del tabaco, la libertad de cultos, el matrimonio civil, la Iglesia libre y el Estado libre.

El Sr. CALA: Examinados ligeramente los documentos remitidos por el Gobierno relativos a los sucesos de Andalucía, echamos de menos los telegramas remitidos por el Gobierno a las autoridades civil y militar: y como el elemento militar tuvo desgraciadamente tan importante intervención en aquellos sucesos, espero que si no hay inconveniente se remitan esos documentos, cuya falta se nota.

El señor ministro de la GOBERNACION: Había comprendido que sólo deseaban saber los señores diputados las noticias que se hubieran recibido de Andalucía, por eso no se han remitido las órdenes que de aquí fueron; pero no hay inconveniente en que vengan, y vendrán. Y ya de pie, contestaré a la pregunta del Sr. Bugallí respecto a matrimonios civiles autorizados por algunos ayuntamientos.

Por el ministerio de la Gobernación se dijo a los gobernadores que hicieran entender a los ayuntamientos, que no tenían autoridad para variar la legislación existente, mientras las Cortes Constituyentes no lo decretaran, y que en su consecuencia impidieran esos matrimonios.

El Sr. BALAGUER: Pregunto al señor ministro de Hacienda: ¿cómo se explica que cerrada ya hace días la suscripción al empréstito de 2,000 millones, no han recibido los interesados los bonos en cambio de las cartas de pago interinas, que se les libró por las tesorerías?

El señor ministro de HACIENDA: En tiempos normales se tienen con antelación impresos los

documentos o láminas que han de emitirse, y que exigen ocho meses si ha de procurarse impositivamente la falsificación. Pues bien: el Gobierno provisional anunció el empréstito a los quince días de su instalación. Sacó a licitación la impresión de los bonos, y están imprimiéndose; requiere mucho tiempo, como he indicado. Sin embargo, es regular que en el mes de Mayo puedan ser entregados a los interesados en cambio de las cartas de pago provisionales.

El Sr. BALLESTEROS (D. Mariano): ¿Ha llegado a noticia del señor ministro de Hacienda que en Calatayud se hayan restablecido los consumos?

El señor ministro de HACIENDA: No tengo noticia oficial de ello; pero sí una carta particular del presidente del ayuntamiento que, creyendo que en la Asamblea se había hablado del restablecimiento de los consumos, dice que no es cierto.

El Sr. VINADER: Pregunto al señor ministro de Gracia y Justicia si habrá inconveniente en remitir el expediente de disolución de la sociedad de San Vicente de Paul, con todos sus antecedentes.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA: Ese expediente es muy breve: se limita a los estatutos de la asociación y a la real orden de 1851, en virtud de la cual se autorizó su establecimiento en España. Cuando el señor diputado estime conveniente interponer al Gobierno acerca de los motivos que tuvo para acordar la supresión de esa sociedad, yo daré todo género de explicaciones.

El Sr. VINADER: Solo deseo saber si hay algún dato de cual se deduzca que no fué arbitraria la medida; así como si hay alguno que sirviera de apoyo a la indicación que el señor ministro hizo relativa a los sucesos de San Carlos de la Rapita.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA: No comprendo bien qué es lo que se propone ahora el señor diputado; si es que explique los motivos que el Gobierno tuvo para suprimir esa asociación, así como la Compañía de Jesús, anuncio S. S. una interpelación; yo señalaré día para contestarla, y entraremos en un amplio debate, que deseo.

El señor ministro de la GOBERNACION: Previa la autorización de las Cortes, leeré un proyecto de ley llamado al servicio de las armas 25,000 hombres.

Coccedida por las Cortes la autorización, ocupó la tribuna dicho señor ministro, y leyó el mencionado proyecto. Por la mesa se anunció que pasaría a las secciones para el nombramiento de la comisión que ha de dar dictamen acerca de él.

El señor ministro de FOMENTO: Estoy pronto a contestar a las preguntas de los señores Orense y Noguero relativas a caminos vecinales y desecación de la laguna de Sariñena.

No hallándose en el salón ninguno de los señores diputados.

El Sr. PRESIDENTE anunció que continuaba la discusión pendiente sobre la proposición del señor Rodríguez.

El Sr. GARRIDO (para una alusión): Aludido ayer por mi amigo el Sr. Sorri, me veo en el caso de explicar los motivos porque voté en contra de esta proposición; pero que no se crea que es a consecuencia de lo que el Sr. Sorri ha dicho; pues si cree con esto llevarme a votar lo que no está en mi conciencia, cree mal.

El Sr. CASTELLAR: (En contra). Señores diputados, comienzo por dar gracias a la mayoría que dejó anoche para hoy el resumen de este largo, de este importantísimo debate.

Señores, nobleza obliga; y aunque esta proposición nos había herido profundamente, yo trataré este asunto con toda la mesura que reclama el papel que estamos desempeñando en el mundo, nosotros, los protagonistas hoy de las Asambleas de Europa: nosotros, que tenemos hoy el raro privilegio de atraer la atención de todos los pueblos.

Pero yo, señores diputados, temo mucho que si continuamos por el camino comenzado, no correspondemos ni a la atención, ni a la esperanza de Europa. Ayer, cuando yo escuchaba las invectivas dirigidas desde el banco azul, sentía un dolor tan profundo que estuve a punto de exclamar: ¡Bruto en la noche en que moría la república de Roma! Libertad, nombre vano, engañosa palabra; esclavo del destino, y he creído en ti.

Si esta impresión produjo en mí el debate de ayer, ¿qué no producirá en los que a la libertad son hostiles; o son a la libertad indiferentes?

Es preciso entrar con calma en el examen de esa proposición. No encuentro una palabra exacta para calificarla, como no la llamé proposición alarmante. Si, porque alarmó a la mesa que suspendió su discusión; alarmó a la mayoría, que nos dio 90 votos en la proposición de no la hacer a deliberar; alarmó a la minoría, que se creyó lanzada de este recinto; alarmó a todos, en fin, que veían amenazados derechos imprescriptibles, y temían por el porvenir, que nada hay tan temible como la embriaguez de una Asamblea.

Yo no comprendo, señores, cómo puede haber indiferencia en este punto. En 1836 brotó una de las mayores reacciones de nuestra historia patria. Con la amenaza no más de una reforma en los reglamentos, se produjo una crisis. La amenaza cayó sobre el Parlamento. Se escribió en la Constitución la reforma reaccionaria. Pero tal fue el terror de la opinión, que jamás aquella reforma legislativa llegó a su fin.

La reforma del reglamento fué decretada y no cumplida. La unión liberal la suspendió largo tiempo. Esperó hacer de ella una gran cuestión política, y la reforma no vino, siendo uno de los títulos que la unión liberal alegaba en su favor el haberla constantemente impedido.

Finalmente, el ministerio Mon Cánovas retiró la reforma.

Se necesitó, señores, que vinieran los sucesos de Junio, que todos fuéramos al destierro, y después de muchos días de discusión, quedó adoptada la reforma; y los unionistas se retiraron de una y otra Cámara. Quizá creyó la mayoría de entonces que sólo se iban algunos senadores, o algunos diputados; pero se iba el Congreso, se iba el Senado; que no perdona Dios jamás a los suicidas.

Y después de esto, ¿se quiere que nosotros tengamos por nuestros derechos menos celo que los diputados conservadores, que los partidos reaccionarios?

Al pensar en esto me preguntaba yo, señores: ¿dónde están las sombras de los Argüelles, de los Pacheco, de los Alcañal Galianos, que no se alzan a confundir a los profanos capaces de poner sus manos sobre las tablas de la ley, sobre el reglamento?

Yo oí al Sr. Herrera, cuyas dotes de juriscónsulto reconozco. Pero si por sus talentos merecía ganar la causa que sustentaba, no lo merecía por su argumentación: que jamás los oí menos fundados.

Preguntaba S. S. qué servicios habíamos prestado a la revolución. Jamás digo mis servicios,

porque no aspiró a ningún premio. No sé qué lugar ocupó en la lista de los revolucionarios. Lo único que sé es que jamás se encontrará mi nombre en la lista de los cortesanios.

Estoy aquí, y cuando el país me ha enviado aquí, él sabrá de memoria mis servicios.

Dice el Sr. Herrera que no se ha violado el reglamento con su proposición. Es así que este dispone que sean siete individuos los que compongan esas comisiones, y la proposición dice que sean nueve; luego no se viola el reglamento. Previene este que los nombramientos se hagan por las secciones, y la proposición dice que se hagan directamente por la Cámara; luego no se viola el reglamento.

He aquí los argumentos capitales que presentó el Sr. Herrera, traducidos a raciocinios corrientes argumentos, que todos se vuelven contra sus afirmaciones.

Trátase de un litigio, en que se cuestiona nuestro derecho. Si la Cámara es tribunal de estricta justicia, que aplique la ley, que salve el reglamento. Si es un jurado, oiga ambas razones que deben hablar poderosamente a su conciencia.

Los señores diputados recordarán que la minoría republicana presentó una proposición decretando el desestanco de la sal y el tabaco, que disgustaba altamente al señor ministro de Hacienda, el cual, según dice, tiene un plan rentístico. Si aceptaba la proposición, perturbaba su plan. Pero si no la aceptaba, caía en grave pecado de inconsecuencia. Y dijo que se aceptara la proposición para no ser inconsecuente. Y luego dijo, que pasara a la comisión de presupuestos, lo cual era tanto como condenarla a muerte. La pretensión del ministro de Hacienda era imposible por anti-reglamentaria, y pasó nuestro proyecto de ley a una comisión especial. Aquel error se convirtió en una ley general de conducta para la Asamblea.

Ya no hay solo una comisión como la de presupuestos, donde vayan a sepultarse los proyectos, sino cuatro comisiones más, o sean cuatro pantanos, o si la imagen es demasiado clásica, cuatro trampas donde van a quedar prendidas nuestras proposiciones, y a morir, por consiguiente, toda nuestra iniciativa.

Veamos un ejemplo. Tenemos presentada una proposición de incompatibilidades. Yo había aceptado la enojosa y difícil tarea de sostenerla. Y digo enojosa, porque duele combatir, aunque sea indirectamente, a nuestros compañeros. Y digo difícil, porque es grave atacar, aunque sea indirectamente, los fallos del sufragio universal que ha mandado aquí cien empleados. Yo pedía un bill de abnegación a los diputados funcionarios como el bill que dió el Parlamento largo de Inglaterra.

Yo pedía que nuestra Constitución se alzase a la altura de la Constitución francesa de 1793. ¿Los acordáis de la noche del 4 de Agosto? Todo bien llevaba esa fecha en el corazón y en la conciencia. La última sombra se llevaba la sombra del absolutismo.

La nueva luz del nuevo día era también la luz de la aparición de la democracia en el mundo. Los Clérigos, los nobles subían a la tribuna, y se les despojaban de sus privilegios, renunciando a ellos para siempre. ¿Y ha de ser menos liberal que la Constitución francesa nuestra Constitución española? Os pido, pues, diputados funcionarios, la renuncia a vuestros sueldos. No seréis más amigos de nuestros privilegios que los nobles, y menos liberales que los Clérigos.

Presentada esta proposición de incompatibilidades reglamentariamente, pasaría a una comisión especial que dirá pronto su dictamen. Presentada según vuestro modo, irá a perderse en una comisión que diera su dictamen el día en que se acabaran nuestras tareas, el día, por consiguiente, en que fuera completamente inútil.

El Sr. Rodríguez, que ha sostenido la proposición de la mayoría, tiene, como todos los catedráticos, la manía del método, y no vé que si sus comisiones han de ser para leyes orgánicas, no podrán ensayar su solución, sino después de aprobadas las bases constitucionales. Por consecuencia, el método del Sr. Rodríguez se distingue por lo enroscado é inútil.

¿A qué reglas, a qué bases se atenderá? ¿Han averiguado si la asamblea optará por la forma monárquica o la forma republicana? Pues si no saben la organización del Estado, no pueden poner en armonía con el Estado el municipio y la provincia. Si no saben si la Asamblea proclamará la libertad de cultos no pueden saber si la Asamblea proclamará el matrimonio civil. Todo el método, pues, del Sr. Rodríguez es insostenible y absurdo.

Voy con otro ejemplo a demostrar la exactitud de mis observaciones. Dado deur algo interesante y no lo diría si atendiese solo a las retenciones de los señores ministros, y con especialidad, a las palabras del señor ministro de la Guerra, que, dirigiéndose a estos bancos en tono amenazador, nos dice que hará cumplir los acuerdos de la Asamblea, cueste lo que cueste. Frases análogas suelen costarle a los reyes el trono y la libertad a los pueblos. El sistema liberal no es un sistema de rigida disciplina, sino un sistema de prudentes y patrióticas transacciones.

Llévense sobre la mesa peticiones contra las quintas. Y nosotros no podíamos dejar pasar el mes de Marzo sin pedir la abolición de las quintas. No podíamos tolerar en silencio que cuando se acerca el mes de Abril, cuando la naturaleza renace, perezan los corazones de innumerables madres.

Si vosotros no consideráis como nosotros las quintas, sin duda será porque tenéis más duro el corazón, porque sois inmovilistas, como los antiguos senadores romanos cuando no os ablandaba el llanto de las madres.

No es posible consentir las quintas después de haber acaorado la imaginación del pueblo con la consoladora esperanza de su abolición inmediata. Yo he visto candidaturas, a cuya cabeza iba el nombre del señor ministro de Marina, y que llevaban por lema la abolición de las quintas. Yo he visto candidaturas en que iba el nombre del señor ministro de la Guerra, y a su cabeza este lema: «No más quintas». La única razón valedera que se quiere dar contra la abolición de las quintas, es el estado de Cuba.

Pero veo que el estado de Cuba mejora. Yo deseo que Cuba se conserve para la madre patria, no por un vano alarde de grandeza material, sino para que podamos reparar antiguos errores, para que podamos satisfacer antiguos agravios; y recibiendo aquí a nuestros hermanos en el mismo hogar español, los acompañaremos al terminar nuestras tareas, dándoles, no sólo tanta libertad, sino más libertad que a nosotros, dándoles su autonomía para que sean ciudadanos libres y ciudadanos españoles, al mismo tiempo por que no pueden ser otra cosa los que han nacido de España y los que tienen tan cerca aquel grande ejem-

plo de libertad y de democracia que se llaman los Estados Unidos y que deslumbra al mundo.

Suele decirse que no queremos quintas, porque no queremos ejército. Nosotros queremos que todo hombre sea sacerdote de su propia conciencia. Por eso proclamamos la libertad de cultos. Nosotros queremos que todo hombre sea juez de sus iguales. Por eso proclamamos el jurado. Nosotros queremos que todo hombre sea ciudadano. Por eso proclamamos el sufragio universal. Pero nosotros queremos también que todo ciudadano sea soldado, es decir, que todo ciudadano tenga un fusil para defender su derecho.

El señor ministro de la Guerra conoce bien la organización del ejército suizo. En este ejército se evitan las quintas. Este ejército no se da el triste caso de España en que a los pobres les arrancamos sus hijos, pedazos de su corazón, mientras los ricos los rescatan por 6,000 rs., por mucho menos de lo que les cuesta un caballo. Pues bien; podemos tener un grande ejército sin necesidad de tener todas estas grandes iniquidades. Suiza paga 70 millones a su ejército, y puede poner en pie de guerra 200,000 hombres. ¿Por qué no habíamos nosotros de imitar esto? Dejemos la plana mayor retribuida tan bien o mejor que hoy: digamos que todo ciudadano es soldado.

Fundemos una gran reserva nacional; tengamos solo el número de hombres estrictamente necesario para garantizar la propiedad y la vida. Y el día que un extranjero amenace nuestra independencia, pondé esa reserva sobre las armas, y la vereis salvar la independencia de la patria.

No entiendo que es necesario, que es urgente tratar antes que se acabe el mes de Marzo toda esta grande cuestión de las quintas y del reemplazo del ejército? Pues bien: si esa cuestión se trata por nuestra iniciativa, por la iniciativa de la minoría republicana. Aprobada la proposición de la mayoría, hubiera tenido que pasar a la comisión de orden público, y se hubiera enterrado allí un proyecto de ley que contiene las mas vivas, las mas justas esperanzas del pueblo. Ved cómo vuestra proposición es la muerte de nuestra iniciativa.

La recogida de un periódico no significaba nada en tiempo de Gonzalez Brabo. Era corriente y vulgar práctica de todos los días. Pero hoy la recogida de un periódico, significa un atentado a la revolución de Setiembre. Presenta el Sr. Moya un proyecto para abolir la pena de muerte, y el Gobierno se lo impide. ¿Siempre el Poder ejecutivo, perturbando entre nosotros el Poder legislativo?

Pero el Sr. Rodríguez se quejaba de que hemos usado desmedidamente de nuestra iniciativa. ¿Desmedidamente? Pues en cuatro días hemos constituido la Asamblea.

En tres hemos contestado al mensaje del Gobierno provisional. Vosotros no reconocéis porque hemos usado sobradamente de nuestra iniciativa. Pero si hemos usado de esa iniciativa, es porque vosotros la habíais dejado caer en el polvo. ¿Y por qué? Porque para tener iniciativa, se necesita tener acción, y para tener acción, se necesita tener unidad de pensamiento; y vosotros estais profundamente divididos. El señor ministro de Marina prefiere Montpensier a la república, mientras el señor ministro de la Gobernación, prefiere la república a Montpensier.

Además de esto, la mitad de la mayoría no piensa como la otra mitad en las cuestiones fundamentales de la relación por ejemplo entre la Iglesia y el Estado, y de atributos por ejemplo, de la nueva monarquía. Además, presenta el Sr. Gasset un proyecto para amnistiar los periódicos, y se lo detiene el Gobierno. Presenta el Sr. Moya un proyecto para abolir la pena de muerte, y el Gobierno se lo impide. ¿Siempre el Poder ejecutivo, perturbando entre nosotros el Poder legislativo?

Aquí hay dos cosas: hay lo que se vé y lo que no se vé. Hay otra Asamblea, que no llamaré conciliábulo, por no ser excesivo en la censura, y que tampoco llamaré concilio, por no ser excesivo en el elogio. Le llamaremos concave, ya que le echan la llave y no se puede salir de allí sin haber tomado algunas disposiciones a favor de la autoridad y en contra de nuestras libertades.

Y la muestra de lo que se diferencia el conciliábulo del concilio, está en que aquí dijo el señor ministro de Gracia y Justicia, que había arrancado 18 víctimas al cadalso, y allí dijo, que para gobernar necesitaba tener el veredicto entre los funcionarios de su ministerio.

En el conciliábulo es donde se acordó esta proposición misteriosa. Lo que se quiere obtener con ella, es evitar que los asuntos más graves vayan a las secciones, porque allí se pregunta a los candidatos para una comisión, y allí resultarian las profundas divisiones que os postran. Así nos conjuramos contra la luz, y elegimos en secreto el presidente, en secreto la comisión de Constitución, y en secreto esas comisiones sin nombre. Invocamos la libertad y maldicimos de la publicidad. Invocamos la democracia y comenzamos por fundar una oligarquía.

Todos los días, a todas horas, se nos pregunta si respetaremos las resoluciones de esta Asamblea. Ayer hizo admirablemente el Sr. Figueras una declaración que todos aplaudimos y todos aceptamos. ¿Qué nos ha ganado en defender los fueros de la Asamblea? Pedimos para ella el Poder ejecutivo. Pedimos que en su nombre se administrase justicia. Pedimos que mandara las fuerzas de mar y tierra. Convención se gritó; si, convención quisimos. Pero no como aquella gigantesca de 1793, que si derramó mucha sangre, ya está lavada por las lágrimas de los esclavos que emancipó y de los pueblos que redimió. Pedimos la convención que debía unir definitivamente la democracia con la libertad.

Ese es nuestro respeto a la Asamblea. Y vosotros, ¿cómo la respetáis? Quitándonos la iniciativa a todos los Diputados, con lo cual le quitais su majestad a toda la Asamblea. Esta es soberana, pero no es omnipotente. Hemos convenido en que no puede negar los derechos individuales. Hemos convenido en que no puede disminuir el principio que le da vida: la soberanía del pueblo ni el sufragio universal, criterio único de la legitimidad moderna. Aparte de eso, cuanto la Asamblea haga podrá no ser justo, pero será legal. Nosotros podemos combatir con nuestros discursos y con nuestros votos; pero una vez discutido y votado, nosotros lo acataremos con nuestra obediencia. Pero si este es nuestro deber con vosotros, también vosotros tenéis con nosotros deberes. Si queréis que respetemos vuestros votos, respetad nuestra iniciativa. Las mayorías votan, pero las minorías discuten.

Las mayorías deciden; pero las minorías proponen. No vayáis a negaros a vosotros mismos por negaros y desconocerlos a nosotros.

Esta situación es un templo que tiene dos columnas. Si nosotros ó vosotros queremos, podemos derribarla, pero sus ruinas nos aplastarán a todos.

Yo he condenado siempre la demagogia. Cree que tiene exceso de vida porque tiene fiebre, y lo que tiene es tisis. Cuando hay libertad de imprenta, de reunión, de asociación, sufragio universal, sublevarse es más que un crimen, es una insensatez. Pero también es una insensatez, y una insensatez sin nombrar, soltar los vientos, soltar las libertades, y luego gobernar contra ese viento, gobernar contra esa libertad, desoir el grito de la opinión, desoir los clamores del pueblo.

Si hemos de crear una legalidad para todos, se necesita que empecemos nosotros respetando la legalidad que aquí nos compromete, y la legalidad que aquí nos compromete es el reglamento. No podemos, no debemos exigir a los ciudadanos el cumplimiento y el respeto a las leyes que nosotros les demos, si no comenzamos por respetar las leyes que nos hemos dado de común acuerdo a nosotros mismos; y esa ley, ya lo he dicho, es el reglamento.

No tiene defensa alguna esa proposición. Yo consulto, pues, a todos los juriscónsultos de esta Cámara, a todos los individuos de la unión liberal que tienen de antiguo prácticas parlamentarias; yo les consulto y yo les pregunto qué harían si en nuestro caso se viesen, si se viesen siendo minoría con una proposición frente de sí que atacaba todas sus prerrogativas. Hoy se quiere establecer el escrutinio secreto para las comisiones de mayor importancia. Yo me temo que perseveréis en ese error, después que hayáis cometido la grave falta de votar la forma monárquica y que establezcáis también el escrutinio secreto para traernos un rey. En la monarquía es todo la persona.

¿Y dónde vais a buscar esa persona? ¿En España ó fuera de España? En España no hay reyes. En España el sentimiento de igualdad es tan grande, que nadie quiere ponerse en ridículo ciñéndose una corona. Teneis que ir a buscar un rey en extranjera tierra. Y no hay más que dos: ó el duque de Montpensier, ó D. Fernando de Portugal. Y el duque de Montpensier es imposible por impopular, por Borbon, por extranjero. ¿Y D. Fernando de Portugal, aunque apadrinado por el Sr. Sagasta? Es el héroe por fuerza, es el rey por fuerza. No quiere la corona. ¿Pensaréis traernos un rey por escrutinio secreto? No, no lo consentiremos. Es necesario que si viene por vuestra tenacidad un rey extranjero, sepa el país los nombres españoles, que va el rey extranjero a engarzarse en su frágil corona.

Ved, pues, los precedentes funestos que vamos a establecer.

Ved, pues, cómo se viola el reglamento en esta cuestión, para violarlo mañana en cuestiones más graves. Hará de este asunto el Poder ejecutivo una cuestión de Gabinete.

Sería gravísimo que el Poder ejecutivo echara su espada en la balanza de las decisiones del Poder legislativo, porque eso sería renovar la reforma de Narvaiz, según la cual el Poder legislativo y el Poder ejecutivo juntos deberían intervenir en el reglamento de las Cámaras. Grande, inmensa perturbación siempre. Grande, inmensa desacato, pero mayor ahora que se dirige contra una Asamblea Constituyente.

Y concluyo, señores diputados, dándoos gracias por haberme escuchado con tanta indulgencia de largo discurso. Mas no quisiera concluir sin decir una idea, que creo importantísima. La caída de la dinastía es la caída de las quintas, de la centralización, de las mayorías intolerantes, de las minorías débiles, de los Gobiernos arbitrarios; y si después de la caída de la dinastía se conservan todos sus errores, el pueblo se convencerá tristemente de que el mal no estaba, tanto en la dinastía caída, como en el fondo de nuestra conciencia, como en el tuétano de nuestros huesos, y tal vez, viniéramos a echarnos de aquí por interesados mercaderes de la libertad por falsos sacerdotes, de la justicia.

He dicho. El señor ministro de la GUERRA: Me levanto a contestar a ciertas indicaciones del Sr. Castelar relativas al ministro de la Guerra. Yo, señores, nunca he sido habilidoso ni diplomático; he hecho, cuando más, diplomacia franca y militar, distinta de la que hacen los demás diplomáticos. Pero S. S., a región seguido de prestarme esa habilidad que yo no tengo, decía que yo estaba resuelto a hacer cumplir los fallos de la Asamblea, cueste lo que cueste.

En primer lugar, ruego a S. S. y a sus amigos que no crean, ni remotamente, que pronuncie esas palabras en son de amenaza; yo no acostumbré a amenazar, y mucho menos lo haría a un partido compuesto de personas tan dignas como las que forman la minoría republicana.

Mis palabras se referían a si una parte del país resistiera de una manera violenta las decisiones de las Cortes. Si S. S. mañana presentaran un proyecto que lastimara a alguna clase de la sociedad, ó algún partido, encontrarían mal que hiciera respetar el acuerdo de la Cámara?

Pues entonces no han de hallar mal que el Gobierno haga respetar las leyes de esta Asamblea, cueste lo que cueste; pues lo se comprende, señores. Gabinete tan menguado que se dejara dominar y arrollar por una minoría que se oponga a sus disposiciones tomadas en nombre de las Cortes.

Ocupándose de las quintas, decía el Sr. Castelar que no pueden admitirse las quintas porque los pueblos están acaorados. No aplaudo esas palabras, que son precisamente las que dan calor a los pueblos. Al oír a una persona del talento de S. S., ¿qué han de hacer los hombres sencillos que no tienen más oráculo que lo que se diga aquí? ¿Qué extraño que traten de resistir mañana, cuando su señoría expresa hoy esa especie de compasión hacia los que contrarían el fallo de las Cortes Constituyentes?

Yo creía, señores, que en vez de esto, S. S. debía dirigir su elocuente voz a esos pueblos hoy acaorados para decirles: «Vuestros representantes defenderán la in necesidad de las quintas hasta lo último; pero lo que las Cortes decreten será lo mejor, y no os debeis oponer a que se realice el sorteo.» Y tanto más, cuanto que se ha dicho por el Gobierno que acepta en principio la abolición de las quintas; pero como no se puede exponer a que se den soldados, da las facilidades posibles para que las diputaciones presenten voluntarios ó el cupo en dinero. ¿Puede haber transacción, señores? El sistema es si queremos ó no ejército permanente, y habiéndolo, de algún modo hay que sacar los soldados. El Gobierno quiere que sigan las operaciones para que se verifique el sorteo ante la eventualidad de que pueda haber diputaciones provinciales que no le den hombres ni dinero. Para ese caso desea y cree indispensable que sigan las operaciones preliminares de la quinta.



El Sr. Castelar, deseando encontrar partidarios para la abolición de las quintas apelaba á ciertos señores diputados, que cuando presentaron sus candidaturas, ó los comités á nombre de ellos, consintieron que en esas candidaturas se pusiera el epígrafe de «fuera las quintas»; y S. S. ha tenido la dignación de citar las candidaturas de la provincia de Tarragona, en una de las cuales he tenido yo el honor de figurar, y ha dicho que esa candidatura llevaba el epígrafe de «fuera las quintas».

Pues bien; yo debo decir que no tuve conocimiento de que se pusiera semejante epígrafe, y si alguno me lo hubiera propuesto, lo hubiese rechazado de la manera más terminante, porque si es verdad que hace muchos años que soy partidario de la abolición de las quintas, es en el concepto de que se reemplace por otro sistema, que sostenga el ejército permanente, tan necesario para defender la integridad del territorio y la libertad.

El Sr. Castelar ha repetido la declaración, que con mucho gusto de la Asamblea hizo aquí ayer el Sr. Figueras del acatamiento, del respeto, de la veneración que merecerán á S. S. los fallos de las Cortes Constituyentes. Yo felicito á S. S. por esa declaración, mas siento que la haya desvirtuado con un *pero*, pero que ha entibiado el entusiasmo que experimentó al oír á S. S. El Sr. Castelar ha dicho: «Nosotros respetaremos, acataremos esos fallos siempre que la mayoría no vulnere nuestros derechos». Por la proposición que se discute se ha probado por los señores que me han precedido en la palabra, que no se amengua en nada la iniciativa de la oposición; y si esto es así, ¿por qué S. S. no dejará intactas las palabras que ayer pronunció el Sr. Figueras? Yo espero que al rectificar lo hará así.

Pero el Sr. Castelar se ha metido en una cuestión que no sé á qué haberse metido en ella: la cuestión de rey.

Dice S. S. que no hay monarquía sin rey, y que no encuentra un rey de la talla conveniente para España. ¿Pero á qué se mete el Sr. Castelar en la cuestión de si hay ó no una persona que pueda venir á ser rey de España? Ya comprendo yo que en la posición de S. S. está el imposibilitar á todos los reyes posibles; pero cumple al diputado no al individuo del Gobierno, y al diputado que habla, le cumple decir que los diputados monárquicos piensan de otro modo; bien lo sabe el Sr. Castelar. Nosotros deseamos la forma monárquica, y por consiguiente deseamos que luego venga un rey. ¿Dónde está ese rey? ¿Al Sr. Castelar qué le importa? (Risas).

S. S. no sabe dónde está ese rey, pues el diputado que tiene el honor de dirigir la palabra al Congreso, como muchos de los señores diputados, ya saben dónde está ese rey, y más de un rey. ¿Quién será ese rey? El que quieran los señores diputados, porque aquí deseamos hacer un rey; y dije el otro día, y repito hoy, que esta es cuestión resuelta, porque cada uno de los señores diputados ya sabe quién ha de ser su rey. Eso no se ha formulado; pero tenga la seguridad el Sr. Castelar de que cuando se vote la forma de gobierno en tiempo oportuno, la persona que designen las Cortes vendrá á ser rey de España. (Bien, bien).

El Sr. HERRERA (D. Cristóbal). No me han convencido los argumentos alegados por el Sr. Castelar en contra de la proposición. S. S. ha dicho cosas muy buenas, con la elocuencia que acostumbra; pero no ha podido destruir las observaciones que yo tuve el honor de hacer ayer para demostrar que con la proposición del Sr. Rodríguez no se ataca en manera alguna, ni se amengua la iniciativa que tienen los diputados.

Pero después de esto, el Sr. Castelar se ha metido en la cuestión de rey, diciendo que no hay monarquía sin personalidad que la represente; y que no hay quien puea venir á ser rey de España. ¿A qué se mete en eso S. S.? No como individuo del Gabinete, sino como diputado monárquico puedo decir á S. S., que la mayoría de la Cámara piensa de distinto modo. No otros deseamos que venga un rey; ¿y dónde está? pregunta el Sr. Castelar. ¿Que le importa á S. S.? (Risas y exclamaciones en los bancos de la izquierda).

El Sr. HERRERA: El Sr. Castelar ha pronunciado un discurso elocuente, como todos los suyos; pero tengo el sentimiento de decir que ningún argumento ha presentado en contra de la proposición que se discute. S. S. se ha fundado en suposiciones para sostener que se infringen varios artículos del reglamento, que se destruye la garantía de las oposiciones, que se anula su iniciativa.

En estos gratuitos cargos ha basado toda su peroración. Yo, señores, había dicho que no se trata de nombrar comisiones para dar dictamen sobre los proyectos que presenten el Gobierno ó los diputados, sino de nombrar comisiones que tengan por objeto formar por sí mismas proyectos, acerca de lo cual no hay siquiera una indicación en el reglamento.

El Sr. Castelar supone que yo dije que con esta proposición aun quedaba á la minoría un *resto* de iniciativa. Yo no dije ni podía decir eso, y apelo al *Diario de Sesiones*. Queda la iniciativa entera, porque todos los diputados pueden presentar cuantas proposiciones tengan por conveniente, lo mismo que si la proposición no existiera.

No hemos visto hace poco en los Estados Unidos que un diputado ha presentado una proposición para que se reconociera la independencia de Cuba, y que ha pasado al comité de negocios extranjeros? Pues esto no la ha quitado la iniciativa, como no la quitamos nosotros, aunque tratemos de regular los trámites que han de seguir las proposiciones después de presentadas y sostenidas por sus autores.

El Sr. GOMIS: Yo siento mucho, señores, molestias, pero he sido aludido por el Sr. Castelar y por el señor general Prim, y debo decir algunas palabras sobre tan importante asunto.

Es cierto, señores, que en la candidatura de Tarragona se puso un lema que decía abolición de quintas, guerra al socialismo y protección al trabajo nacional. Pero ni los candidatos forman esas candidaturas ni firman esos lemas, y por lo tanto no tienen necesidad de sostenerlos. Sin embargo, yo conocía ese lema, y como estaba conforme con sus opiniones, no solo no protesté contra él, sino que pensé desde luego sostenerlo.

Cuando las circunstancias son tan difíciles como las actuales, yo no puedo negar al Gobierno los recursos que necesita.

El Sr. RODRÍGUEZ: Señores diputados, con gran temor me levanté el otro día á apoyar esta proposición, porque soy diputado novel, y la primera vez que se habla en este sitio hay siempre que temer el no corresponder á los deberes que este puesto impone.

¿Cuál no será hoy mi temor al sostener la proposición, que creí sencilla y fácil de aceptarse, y que ha producido tan grandes resultados, estando á punto de hacer que saliera de aquí la minoría republicana, y haciendo que se me calificase de un modo que todos habéis visto!

La proposición, señores, no es mía sola; tiene la autoridad de otras muchas personas, y yo, ya que la apoyé, voy á sostenerla ahora, á pesar de todo mi temor, viniéndolo como debo vencerlo.

Decís que se os quita la iniciativa; en primer lugar, iniciativa quiere decir *iniciari*, exponer por primera vez una idea, lo cual queda exactamente lo mismo, y queda al mismo tiempo el derecho de hablar en las comisiones, el de hacer enmiendas, y el de sostenerlas en el Congreso, formando con ellas un contra-proyecto completo en frente del proyecto de la mayoría.

Creo haber demostrado que no es posible absorber con estas cuatro comisiones todas las ideas que pueda haber en estos bancos, que habrá proposiciones que vayan á ellas, otras que vayan siempre á comisiones especiales. En la comisión de presupuestos, ¿no tenéis representación?

¿No podéis llevar allí vuestros pensamientos sin que nadie os lo impida? Además, ¿qué iniciativa habéis demostrado presentando proposiciones que no encierran más que un deseo, no un sistema para llevarlo á cabo?

Todo lo que se nos dice es que hay divisiones entre nosotros; como si en esos bancos no hubiera ninguna, y se nos habla de conclave como si la minería no tuviera sus reuniones á puerta cerrada, en las cuales se concilia y se protesta á veces contra lo que quieren algunos individuos, y á las que no es admisible ni siquiera *La Correspondencia*, para que luego supiéramos lo que allí pasa.

En punto á la cuestión de método, yo quisiera que marcháramos de él rápidamente, muy rápidamente, que no perdiéramos el tiempo en discursos, sino que hiciéramos leyes, realizando así el espíritu de la revolución.

Voy á concluir, señores, con lo que ha dicho el Sr. Castelar acerca de la cuestión de Gabinete. Yo creo que esta no es ni puede ser cuestión de Gabinete; como libre la considero, porque es de la exclusiva competencia de la Cámara, y porque no la doy más importancia que la que puede tener una cuestión ligérrima de procedimiento.

El Sr. CASTELAR: Hemos dicho, señores, que el Reglamento debe ser observado, y no se nos ha demostrado que no se viole por esa proposición; mejor de eso resulta que ha sido violado en el método, quitándonos los empeños del acaso, que pueden darnos los votos particulares, que ha sido violado en la cuestión de procedimiento, en las secciones en donde se pregunta al diputado las opiniones que tiene, cosa que no puede hacerse aquí; que ha sido violado, en fin, en tres ó cuatro puntos importantes.

El señor ministro de la Guerra me ha dirigido algunas preguntas en la cuestión de quintas. Yo he dicho que *no consentiremos* eso en lo medida de nuestro derecho; pero la prueba de que hemos de respetar lo que de aquí salga, es que continuamos aquí.

Si no estuviéramos resueltos á acatar las resoluciones de esta Asamblea, nos iríamos protestando. Nuestra presencia aquí revela nuestra decisión de respetarlas. Pero, señores, yo creo que esta Asamblea debe evitar dos cosas: los golpes de Estado abajo, y los golpes de Estado arriba. Para que las sociedades no vivan en continua fiebre, es necesario que nosotros respetemos las resoluciones del sufragio; pero es menester que también otros se comprometan á renunciar á todo golpe de Estado.

Por lo demás, nosotros queremos el ejército organizado como está en Suiza. Y en cuanto á la abolición de las quintas, es curioso el argumento del Sr. Gomis defendiéndose de haber puesto, en las candidaturas de diputados esa principio, diciendo que lo hacía porque los republicanos lo ofrecían en Cataluña. Si, señores, yo decía que con la restauración monárquica tendríamos quintas, y ahora veo que será así, y que también tendremos hasta el verdegusto, según ha dicho el señor ministro de Gracia y Justicia.

He concluido. El Sr. FIGUERAS: Señores, ha preguntado el señor Herrera qué he hecho en pro de la revolución. En el terreno de los hechos, he conspirado como dije el otro día, pero en el terreno de la idea, yo os he dado el laburo de la revolución, cuya última encarnación es la idea republicana. Veinte años he estado preparando con mis trabajos y mi palabra el triunfo de los principios que hoy se proclaman, y el destronamiento de esa señora que ha sido hasta ahora la Dulcinea de los pensamientos del partido á que ha pertenecido el Sr. Herrera.

Respecto á la cuestión que nos ocupa, yo insisto en que no debe modificarse el reglamento sin pasar por los trámites convenientes. Que no hay intención de coartar la iniciativa; lo creo, pero siempre resultará que si la proposición del Sr. Rodríguez no peca de malicia, pecará de ignorancia.

Consultado el Congreso, acordó prorogar la sesión.

El señor ministro de la GUERRA: Me felicito de las declaraciones del Sr. Castelar; pero S. S. tiene un temor, y es que de alto puedan venir golpes de Estado. Yo no sé que ha creado esa sospecha en su ánimo. No sé quién en esta Cámara ni fuera pueda pensar en golpes de Estado. ¿En favor de quién? ¿Tiene S. S. recelo de alguna persona? ¿Hay en España hombres tan insensatos que destruyeran la soberanía de las Cortes para imponer á la nación una personalidad ó una cosa cualquiera que fuese?

Yo aseguro que no hay quien piense en eso, ni es posible en España el golpe de Estado.

El claro entendimiento de S. S. debe conocer perfectamente la situación del país. Yo, señores, declaro francamente que no he tenido un momento de duda de que nadie se atreva á dar ese golpe de Estado, que había de ser, ó para imponer un soberano, ó una forma de gobierno. Y después de las declaraciones del Gabinete, no cabe duda que eso no se pretende, ni siquiera es posible. Desearía que el Sr. Castelar se diera por satisfecho, y está tranquilo de que lo que las Cortes Constituyentes acuerden, eso es lo que habrá de hacerse.

El Sr. CASTELAR: No hablaba en tesis concreta; recordaba la historia, que prueba que pueden caer las Asambleas más ilustres y robustas á impulsos de un golpe de Estado; porque, señores, las Asambleas pueden gastarse, y por eso deben evitar la justificación de actos como el que indico. Yo espero que algunos de los hombres que ocupan ese banco no se vuelvan á ver en la situación de 1856, cuando ametrallaron otra Asamblea como esta.

Por lo demás, yo me felicito de las francas y leales declaraciones del señor ministro de la Guerra, que mañana oír con gusto el país, como las hemos oído todos nosotros.

El señor presidente del PODER EJECUTIVO: Señores, oía al Sr. Castelar hablar de golpe de Estado, y no me daba cuenta de que quería significar S. S. Estoy seguro de que ni un solo circunstante se ha impresionado con tan pavorosa idea. Me parece antipatriótico é inoportuno traer ahora esa cuestión. ¿Quién tiene aquí fuerza para dar un golpe de Estado? Ha de ser para satisfacer fines personales? Imposible, señores. Yo quisiera tener tanta seguridad de que no se entronizará en mi patria la anarquía, único peligro que temo, como puede temerla el Sr. Castelar de que aquí nadie piensa en golpes de Estado.

Se repite con demasiada frecuencia lo que sucedió el año de 1856, y esa es una letra á la vista, que yo endosaré siempre que me presente á la orden del general Piérré; y solo diré, para terminar, que aquella situación no tiene semejanza con la que atravesamos, y que nadie piensa, ni puede ni debe pensar en golpes de Estado, sino en terminar la obra de la revolución con patriotismo y grande abnegación por parte de todos, que todos tenemos el mismo interés, la felicidad de la patria, sacando incólume su honra, su libertad, de los peligros que la amenazan.

El señor ministro de la GUERRA: Al dar seguridades á todo el que dude de que se pueda dar un golpe de Estado, no he hablado de los generales del ejército, y cumpla que declare que el Gobierno está satisfecho de todos los que están encarnados en la situación presente, porque todos están interesados como el que más en que la libertad se desarrolle, y no haya más sistema que el que las Cortes quieran dar.

Respecto al año 56, yo apelo al claro entendimiento del Sr. Castelar que no puede menos de reconocer que ni la situación ni los personajes son los mismos.

El Sr. RÍOS ROSAS: Hace días se hizo aquí una alusión á los tristes acontecimientos de 1856. Entonces dije que estaba dispuesto á responder de mis actos y de los de mis compañeros en aquellas circunstancias. Hoy repito lo mismo, y

digo que el señor presidente del Gobierno provisional no tiene responsabilidad ninguna en aquellos acontecimientos. Toda ella es mía y de mis compañeros, y yo la reclamo para responder cuando no en alusiones vagas y fugaces se trate de ellos.

Yo he deplorado y deploro la política retrospectiva; pero si se me provoca la haré yo también. Y dicho esto he concluido.

El Sr. CANTERO: Pocas palabras diré yo después de lo dicho por el Sr. Ríos Rosas; solo, que si se quiere traer el esclarecimiento de aquellas cuestiones, aquí estoy yo también para responder de aquellos sucesos.

Leída de nuevo la proposición, se pidió que la votación fuera nominal; y verificado así, resultó aprobada por 145 votos contra 63.

Consultado el Congreso, acordó reunirse mañana en secciones.

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día para mañana: el dictamen de actas que ha quedado sobre la mesa, el nombramiento de las comisiones y la reunión de secciones.

Se levantó la sesión.

Eran las siete y media.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 17 DE MARZO DE 1869.

### OTRO FOLLETO MAS.

#### LA HONRA DE CÁDIZ.

POR UN INCONSECUENTE LIBERAL (1).

Después de haber leído este precioso opúsculo, cuyo autor ha tenido la modestia de callar su nombre, que debe ser por cierto exclamación, no vacilamos en recomendarlo encarecidamente á nuestros lectores. Es este un cuadro de nuestras presentes desventuras, trazado por una mano maestra, donde claramente se miran retratados los rasgos más salientes de la última revolución de Septiembre. Consta de una breve introducción, en que se insinúa el argumento del drama revolucionario, inspirado y producido por lo que con expresión feliz llama el autor *bajo-liberalismo*; y de tres capítulos intitulados respectivamente: PERSECUCIÓN RELIGIOSA.—LA PRENSA TRICOLOR.—AL MINISTRO DE ULTRAMAR; rematando el escrito en una notabilísima *Conclusión*. No es, pues, este opúsculo una simple narración ó bosquejo histórico de los últimos sucesos, sino la crítica austera que sabe emplear todo género de armas nobles para juzgar y condenar los errores y desmanes revolucionarios, forzándonos á comparecer ante el tribunal de la razón. Afortunadamente son muchas y de buen temple las que tiene á su servicio el autor de este importante folleto, así de raciocinio como de estilo. Bien se le conoce que ha leído y meditado á *De Maistre*, uno de cuyos inmortales pensamientos se muestra en la primera página del folleto. *La honra de Cádiz*, ante todo, es una amarga y tremenda ironía, en cuyo fondo se descubre el noble pensamiento del autor, que penetra, conservando su limpia claridad, una atmósfera de miserables sofismas y pequeñas pasiones revolucionarias, como pasa la luz, sin manciarse, las aguas corrompidas de un oscuro lago, ofreciéndolas tales como son á la vista de quien por su desdicha respira además sus mismas deleteriosas.

Bien quisieramos trasladar aquí algunos trozos de este opúsculo; mas nos lo impiden de un lado la dificultad de elegir esta ó aquella parte, cuando todas ellas gustan; y de otra, que no conviene privar al lector de la impresión singular que produce el conjunto. Sobre todo, parecemos que han de ser leídas con vivo interés las palabras *Al ministro de Ultramar*, que no parece sino que están dictadas por algún amigo suyo, en el tono de quien estima las dotes del talento y sabe quejarse bajo la forma sencilla y franca de la amistad con la elocuencia de un corazón desgarrado, porque esas prendas han sido malogradas en una empresa donde la honra es letra muerta. Así al menos se colige de las palabras de despedida con que el autor concluye, antes de lo cual, el profundo autor de *La honra de Cádiz* recuerda a su amigo Ayala, si como presumimos, amigo suyo es, estos nobilísimos pensamientos dignos de un Balmes ó de un Bonald:

«Lo que necesita nuestra corrompida y trabada sociedad, no son lecciones de rebeldía y de soberbia; no espectáculos de pueril destrucción; no sangrientos é irreflexivos ensayos sobre las entrañas vivas de la patria, sino ejemplos de severa virtud, de varonil abnegación, de modesto patriotismo. Por estas asperezas «campana los pueblos á su bienestar y grandeza». Revestidos de irisoria púrpura, y embriados de libertad, para escalar sobre sus espaldas los honores y la fortuna, obra es de vulgares ambiciosos, no de ánimos generosos y elevados.»—«En vano se propina al pueblo «la libertad en decretos: la libertad es siempre un resultado de la armonía de las fuerzas sociales, y cuando corre desenfrenada por las calles, es una señal evidente de que falta en los «hogares pacíficos, y se encuentra cohibida la «de los hombres honrados. El sentimiento de libertad es innato en el hombre: excitarle de «continuo es provocar el abuso, y del abuso se «va á la corrupción, y de la corrupción á la «avidumbre. Temo que nos hallemos en la tercera etapa.»

Nuestro modesto autor no se limita en su opúsculo á ofrecer al lector el cuadro vivo de la revolución desahogada, tal como ha sido dada á luz por sus padres naturales: esto hubiera sido por sí solo una obra digna de todo aplauso; mas convenia que quien ha tenido soberbias pinceladas

(1) Este folleto se vende al precio de 3 rs. en Madrid y 4 en provincias, franco de porte, en las librerías de los Srs. Tejado, Olamendi y Duran.

para trazar la *vera effigies* del monstruo, nos declarase su pensamiento en orden á la salud de la patria. Afortunadamente esta parte, aunque solo bosquejada á grandes pinceladas, no se ha dejado de trazar. Por de pronto leemos en las primeras líneas de la conclusión este pensamiento, que es también el nuestro: *Antes que una monarquía postiza, la república.*... «Por hartas ignominias, continúa el autor, ha pasado España, y antes que un trono de farsa, amasado por la corrupción y el deshonor, preferimos una solución radical, que sobre estar en la lógica de la situación, costará probablemente menos sangre, y producirá menos lodo. Ni la Religión, ni el orden, ni la monarquía, tienen nada que esperar de los selembristas: organicémonos, en tanto que ellos ventilan sus criminales contiendas, no para servirnos de la sospechosa alianza de alguna de sus banderías, sino para dar á «todas ellas, en su hora y en su día, la batalla definitiva.... La revolución no ha producido «hasta ahora más que fango é ignominia: dejémosla terminar su evolución, y saquémosla al menos de ella el único fruto que es capaz de «producir, el del escarmiento.»

Otro pensamiento formula y desenvuelve el autor con una inteligencia y profundidad á que sólo puede igualar su ardiente patriotismo; y es la necesidad de «la unión y el esfuerzo de todos «los hombres de buena voluntad, y como preliminar indispensable que se transija la cuestión «dinástica.» Lejos de considerar imposible la fórmula de la unión, no vacila en creer, que si se busca con verdadero espíritu de patriotismo, de seguro se encontrará. «Ante la necesidad, dice, de levantar la institución que está por el suelo, debe ceder el casuismo «jurídico que os divide. En los momentos en «que todo buen español se dispone á salir á la «defensa de su Dios y su terruño, no es mucho pedir que trateis de fundir esas dos legítimas, para que lejos de ser un elemento «más de discordia, sean por el contrario el principal instrumento de una saludable restauración. Os oigo decir, que no hay medio posible «de avenencia; pero ¿la habéis buscado bien?»

Véase, pues, por la profundidad de los conceptos indicados, si hemos tenido razón para encarecer la importancia de este opúsculo y recomendar su lectura. La revolución ha puesto la pluma en la mano de hombres de verdadero mérito y de modestia todavía mayor; de esperar es que esta cruzada nobilísima siga ilustrando á nuestra tierra con las luces de un juicio sólido ilustrado á su vez por las lecciones de la experiencia y las enseñanzas divinas. Si algún día la Providencia quiere conducirnos al puerto, ya sabemos que hay entre nosotros hombres de talento y de corazón que pueden con los consejos de su sabiduría, reparar en lo posible los daños causados por la tormenta. Uao de ellos es sin duda el liberal inconsecuente, autor de *La honra de Cádiz*.

La primera parte de la sesión de ayer, fué como la de todos los días, aunque no tan borascosa como las anteriores. Después de leer el ministro de Gracia y Justicia dos proyectos de ley, los señores de la minoría presentaron á las Cortes un diluvio de exposiciones sobre varios asuntos, principalmente contra las quintas, matriculas de mar é impuesto de capitación. También hicieron multitud de preguntas los diputados al Gobierno, aprovechando una de ellas el Sr. Sagasta, para decir, que consultado por los gobernadores acerca de los ayuntamientos que por sí y ante sí han establecido el matrimonio civil, había respondido que los municipios no tienen autoridad alguna para variar la legislación, y que no se puede establecer nada que la altere hasta que las Cortes decreten lo que estimen oportuno. Extrañáramos mucho, que comprendiendo los ministros de Gobernación y Gracia y Justicia lo mal que han obrado los ayuntamientos al establecer el matrimonio civil, hayan consentido y consentan estos abusos y escándalos.

Preguntó el Sr. Vinader al ministro de Gracia y Justicia, si tenía inconveniente en presentar el expediente relativo á la disolución de las Conferencias de San Vicente, y el Sr. Romero Ortiz contestó, diciendo que tenía muchos deseos de entrar en un debate acerca de sus disposiciones contra los institutos y asociaciones religiosas, y entonces expondría los motivos que había tenido para adoptar aquellas medidas. Mal se expresó el Sr. Romero Ortiz: no debió decir motivos, sino pretextos. Será curioso ver al ministro defendiendo sus tiránicos decretos, en que tan mal parada ha quedado la libertad.

Después del borrasco de la sesión de ayer, con motivo de la manifestación del domingo contra las quintas, no sabemos qué efecto produciría en los republicanos el proyecto de ley que leyó el Sr. Sagasta, llamando á las armas 25,000 hombres para la quinta próxima. Nada tendría de extraño que este asunto de las quintas produjera algún disgusto y desorden, dada la excitación que por todas partes hay contra la llamada contribución de sangre. A nuestro modo de ver, es peligroso que en estos días de soberanía nacional se hayan permitido las ruidosas manifestaciones que contra las quintas se han verificado, para después exigir 25,000 soldados. Bien quisieramos equivocarnos, pero algún temor de esta especie debía tener el general Prim, cuando hablando en la sesión del lunes de la manifestación del domingo, y de la actitud de los republicanos contra las quintas, dijo: «El Gobierno hará cumplir los acuerdos de las Cortes; cueste lo que costare.»

Entrándose luego en el orden del día, continuó la discusión sobre la célebre proposición de

las cuatro comisiones, impugnándola el Sr. Castelar. Probó el diputado republicano que la proposición era un ataque al reglamento, y apeló á la consecuencia de los Sres. Olózaga, Sagasta, Posada Herrera, Cánovas, Calderón Collantes y otros diputados de la mayoría, que se han opuestos con todas sus fuerzas á que se reforme el reglamento cuando en otras legislaturas se ha intentado. Pero pedir consecuencia á progresistas y unionistas es pedir peras al olmo.

A pesar de las justas y atendibles razones del Sr. Castelar y demás señores que han combatido la proposición, y aunque la defensa que de ella han hecho los Sres. Rodríguez y Herrera ha sido y fué ayer muy débil é insignificante en el fondo, la proposición fué aprobada por 145 votos contra 63. De manera que tendremos las cuatro comisiones, ó cuatro trampas, como dijo el Sr. Castelar, en que quedarán prisioneras todas las proposiciones de los republicanos.

Dos noticias: El Sr. Castelar dijo ayer que los republicanos acatarán el fallo de las Cortes, y el general Serrano manifestó que no habrá golpe de Estado; se acordaba del año 56, y tal vez sospecharía que se pueden cambiar los papeles, como decía *La Iberia*.

¿Quién sabe de lo porvenir?

Nuestro amigo el Sr. Vinader preguntó ayer al señor ministro de Gracia y Justicia si tenía inconveniente en remitir á las Cortes el expediente que suponía se habría instruido para decretar la disolución de la sociedad de San Vicente de Paul.

El señor ministro contestó que no había más expediente que los estatutos de la asociación y la orden por la que se concedió permiso para instalarla en España; pero que si el Sr. Vinader quería, podía interponerle acerca de los motivos que tuvo para suprimir aquella sociedad así como la Compañía de Jesús, y daría sobre el asunto todo género de explicaciones.

El Sr. Vinader no anunció interpelación, y en nuestro concepto hizo perfectamente. «Solo deseo saber, dijo nuestro amigo, si hay algún dato del cual se deduzca que no fué arbitraria la medida, así como si hay alguno que sirviera de apoyo á la indicación que el señor ministro hizo relativa á la participación de algunos socios de la Conferencias de San Vicente en los sucesos de San Carlos de la Rápita.»

Y en verdad que el Sr. Vinader supo conseguir hábilmente su objeto, porque con su pregunta obligó al señor ministro á declarar que no había más expediente relativo á la supresión que los estatutos de la sociedad suprimida y la orden autorizando su establecimiento. Es decir que no ha habido ningún motivo legal para la supresión, porque si lo hubiera habido se hubiera hecho constar; es decir, que por confesión del ministro, la supresión ha sido arbitraria, y por consiguiente injusta.

Y no es esto decir que el señor ministro no haya tenido motivo alguno para suprimir de una plumada una sociedad católica exclusivamente caritativa, porque motivo es, y no pequeño, el de ser sociedad católica, y el deseo de dar algún pasto á la impía voracidad de los que ven sin razón en el catolicismo un obstáculo para sus locas aspiraciones.

El Sr. Romero Ortiz que se vió cogido en el lazo que le preparó con su pregunta el Sr. Vinader, quiso tomarse la revancha tendiendo otro á nuestro amigo; y uniéndolo en causa común con la sociedad de San Vicente de Paul á la Compañía de Jesús, pedía con mucha necesidad una y otra vez al Sr. Vinader que le interpusiera, que provocase un amplio debate sobre la supresión de la sociedad y de la Compañía, porque estaba dispuesto á dar amplias explicaciones.

El Sr. Vinader no interpuso ni provocó el debate que quería el señor ministro, y como hemos dicho, en nuestro concepto hizo bien. El Sr. Vinader podía haber hecho al ministro cargos incontestables, podía haber triturado las careadas explicaciones del Sr. Romero Ortiz y hubiera hecho seguramente una brillante defensa, tanto de la sociedad de San Vicente de Paul como de la preclarísima Compañía de Jesús, objeto constante de la impiedad bajo todas sus formas y singularmente del liberalismo. Pero el señor Vinader comprendió perfectamente que lo que deseaba el Sr. Romero Ortiz era una ocasión para sacar el consabido esquilón de la populacheria impía, tocar con él á rebato, como diría *El Imparcial* si se tratase del Sr. Ruiz Zorrilla, y arrancar por este medio algunos aplausos del bajo liberalismo progresista y de la demagogia republicana.

Sobre todo cuando hay mútuos recelos entre las fracciones de la mayoría, é irritación contra esta por parte de la minoría republicana, todo ello bajo pretexto de más ó menos liberalismo, muy bien le hubiera venido á un individuo del Poder ejecutivo soltar por su boca, sin escrúpulo alguno, todo género de cargos, de calificativos, de invectivas, etc., etc., contra institutos católicos para poderse volver en seguida á todos los lados de la Cámara diciendo: «Y me negareis que soy verdadero liberal?»

*La Iberia* de hoy escribe un artículo titulado *El Partido republicano*, que contrasta vivamente por su estilo con los que dedicó á los reaccionarios.

Tenían aquellos toda la violencia, toda la arrogancia, todo el fuego que caracteriza á los escritos progresistas; éste más bien parece sermón por los consejos, y por su tono amistoso petición humillante. Pero á vuelta de todos los halagos que *La Iberia* hace al partido republicano, le dirige fuertes cargos y le dice algunas verdades que merecen ser conocidas.



Hace notar *La Iberia* que el partido republicano debe su vida a la revolución; pero al juzgar su conducta añade lo siguiente:

«La imprudente e injustificada impaciencia del partido republicano, compromete la vida de la libertad.»

Acusales igualmente de embarazar la marcha de la revolución creando dificultades y conflictos, e impidiendo que se edifique nada sólido, y les aconseja que no combatan inútilmente al Gobierno.

*La Iberia* describe la conducta de los republicanos en las siguientes frases, que valen un mundo en boca de un periódico progresista. Veámoslos lectores, y cuiden de no olvidar que es *La Iberia* quien se dirige a los republicanos, y no *El Español* quien habla a los progresistas:

«Argüir al corazón no más de las clases no educadas; halagar sus intereses egoístas; preconizar sólo sus derechos; inspirarles instintos sanguinarios, haciendo, más que un pueblo-rey, un pueblo verdugo; esmerar vientos para recoger tempestades; es traer sobre España la tiranía de abajo, y con ella la disolución de todos los elementos que constituyen la vida de la revolución que es también nuestra vida.»

*La Iberia* se espanta del camino que emprenden los republicanos. *La Iberia* teme las tempestades que sobrevendrán; *La Iberia* comprende que los elementos de vida de la revolución perecerán y se asusta:

Sus temores son ciertos; lo que prevé sucederá; pero no se extrañe de ello *La Iberia*, porque ella y sus amigos políticos y su sistema son los que lo han traído; porque ellos han dado vida al partido republicano que ahora les amenaza; porque ellos quieren y piden todo cuanto piden y quieren los republicanos, y la única diferencia que entre unos y otros existe, es que los republicanos más impacientes, pero también más lógicos, desean plantear inmediatamente sus proyectos y satisfacer sus deseos, mientras que *La Iberia* y sus amigos faltos de valor no se atreven a hacerlo inmediatamente, porque prevén inmensas dificultades.

*La Iberia* dice que la impaciencia de los republicanos puede destruir la obra de la revolución que es su madre.

Déjese de bromas *La Iberia* y hable en castellano. Esa impaciencia puede arrojar de los puestos oficiales a los progresistas, como la impaciencia de los progresistas alcanzó al fin barrer del presupuesto a los moderados.

Hablando se entiende la gente.

Dice *La Discusión*:

«El desdén sigue como una sombra a los hombres del Poder ejecutivo. El desdén es general.

Revolucionarios de Septiembre; ¡qué tremenda y severa os aguarda la historia!»

¡Y qué limpia, hermosa y repleta les espera la gloria!»

El miedo de *La Iberia* aumenta: los revolucionarios la aterrorizan, los republicanos la asustan, los monárquicos la irritan, y de todos teme que destruyan la libertad conquistada y la gloriosa revolución de Septiembre, de la que tantos frutos han recogido los amigos de *La Iberia*.

La declaración montpensierista de *La Política* pone a *La Iberia* de mal humor, y enjareta un largo suelto para repetirnos que Montpensier es imposible en España, lo cual es cierto, y que España es libre, lo cual ya es harina de otro costal.

Algo nuevo, sin embargo, nos dice el periódico progresista, a saber: que la Asamblea rechaza la candidatura de Montpensier.

También *La Reforma* dice que el duque francés no cuenta mas que con dos individuos del Gobierno.

Leemos en *El Imparcial*:

«Las Novedades, desde que se ha convertido en órgano de Montpensier, dice que hemos dejado de ser imparciales.

Si hubiéramos querido dejar de ser imparciales, seríamos ricos.»

Vuelve a por otra, debió haber añadido *El Imparcial*.

Excitado por las palabras del Sr. Castelar, dijo ayer el señor ministro de la Guerra que siempre ha sido franco en todo, y que puede declarar que no pronunció las palabras *cueste lo que cueste* en son de amenaza; que esas palabras no iban contra los republicanos, sino contra una parte del país, y especialmente contra los carlistas.

¡Vaya con la memoria del general Prim! Cuando pronunció sus palabras *cueste lo que cueste*, no se dirigía el ministro de la Guerra a los carlistas, sino a los republicanos; y especialmente al general Pierrad, a quien acusaba con ademán amenazador de haber proclamado en la manifestación del domingo la resistencia a los decretos del Gobierno.

Entonces fué cuando el general Prim, refiriéndose principalmente a las doctrinas de rebelión contra las quintas, dijo poco más o menos lo siguiente: «El Gobierno no se asusta de manifestaciones, y está resuelto a que se cumplan los acuerdos de las Cortes, cueste lo que cueste.»

La alusión que puede haber aquí a los carlistas, no la coge un galgo.

Recuerde además el conde de Reus lo que dijo al republicano Sr. Garrido cuando defendía la abolición de quintas: «Los republicanos no quieren ejército para poderse sobreponer a las Cortes y establecer la república;» estas, con poca o ninguna diferencia, fueron sus palabras. ¿Quiénes ve aquí un ataque al partido carlista?

Todavía nos parece que si llegara el caso de que el Gobierno ametrallara a los republicanos, como lo hizo el 22 de Junio el presidente del

Poder ejecutivo, dirían los ministeriales al verles la cabeza rota: «Esto no va con vosotros, se trata solo de quitar de en medio a los pícaros reaccionarios.»

*El Universal* envidia los tiempos de Pepe Boleas y Mendizábal, por las grandes reformas de embellecimiento y adorno que en sus tiempos se hicieron en Madrid. El diario progresista pide la desaparición de una porción de iglesias y conventos, sin lo cual, dice, no veremos a Madrid convertida en una población decente. Para animar al Gobierno, añade que a la municipalidad de Nápoles se la concedieron por un solo decreto 26 conventos.

No serán menos los que han perecido en Madrid, y Madrid, sin embargo, continúa sucio y pobre, y sólo se han aseado y enriquecido algunos particulares a quienes se regaló, o poco menos, los bienes que se habían quitado a sus legítimos dueños.

Desengáñese *El Universal*: en estas materias el liberalismo español, lejos de necesitar de lecciones, puede darlas al liberalismo más adelantado.

El general Milans del Bosch dice en una carta que ha escrito a *La Reforma*, que habiéndole costado muchos sacrificios la libertad, prefiere morir antes que volver a la emigración.

En este sentido se han expresado ya algunos otros revolucionarios.

La revolución ha concluido con la antigua alíve española.

Antes se moría por Dios, por la patria, por el rey; hoy se dice en letras de molde que antes la muerte que la emigración.

No es fácil definir bien el género de patriotismo que anima a nuestros héroes modernos. Ellos han sufrido, según dicen, grandes privaciones, han trabajado, dicen también, por la causa de la libertad; y es el caso que al triunfar esta causa por singular coincidencia, sus privaciones y sus sacrificios no sólo han cesado, sino que han tenido amplia compensación en posiciones oficiales que les proporcionan pingües sueldos. Y cuando creen ver amenazada la libertad, lo primero de que se acuerdan es de sus pasadas privaciones, y ante su recuerdo exclaman: «No queremos volver a emigrar; antes la muerte.»

¿No es verdad que aquí aparece como postergada la causa de la libertad, por la que tanto han hecho y tanto podrían volver a hacer desde la emigración sus actuales favorecidos?

Dice *La Reforma*:

«Aprobada ya la proposición Rodríguez, hoy se votarán las cuatro comisiones permanentes que en ella se proponen. En todas tendrá cabida la minoría republicana.»

Esto explica la pacífica discusión de ayer, después de las muchas peripécias porque había pasado la proposición del Sr. Rodríguez.

Dice *La Reforma*:

«Aprobada ya la proposición Rodríguez, hoy se votarán las cuatro comisiones permanentes que en ella se proponen. En todas tendrá cabida la minoría republicana.»

Esto explica la pacífica discusión de ayer, después de las muchas peripécias porque había pasado la proposición del Sr. Rodríguez.

Dice *La Reforma*:

«Aprobada ya la proposición Rodríguez, hoy se votarán las cuatro comisiones permanentes que en ella se proponen. En todas tendrá cabida la minoría republicana.»

Esto explica la pacífica discusión de ayer, después de las muchas peripécias porque había pasado la proposición del Sr. Rodríguez.

Dice *La Reforma*:

«Aprobada ya la proposición Rodríguez, hoy se votarán las cuatro comisiones permanentes que en ella se proponen. En todas tendrá cabida la minoría republicana.»

Esto explica la pacífica discusión de ayer, después de las muchas peripécias porque había pasado la proposición del Sr. Rodríguez.

Dice *La Reforma*:

«Aprobada ya la proposición Rodríguez, hoy se votarán las cuatro comisiones permanentes que en ella se proponen. En todas tendrá cabida la minoría republicana.»

Esto explica la pacífica discusión de ayer, después de las muchas peripécias porque había pasado la proposición del Sr. Rodríguez.

Dice *La Reforma*:

«Aprobada ya la proposición Rodríguez, hoy se votarán las cuatro comisiones permanentes que en ella se proponen. En todas tendrá cabida la minoría republicana.»

Esto explica la pacífica discusión de ayer, después de las muchas peripécias porque había pasado la proposición del Sr. Rodríguez.

Dice *La Reforma*:

«Aprobada ya la proposición Rodríguez, hoy se votarán las cuatro comisiones permanentes que en ella se proponen. En todas tendrá cabida la minoría republicana.»

Esto explica la pacífica discusión de ayer, después de las muchas peripécias porque había pasado la proposición del Sr. Rodríguez.

Dice *La Reforma*:

«Aprobada ya la proposición Rodríguez, hoy se votarán las cuatro comisiones permanentes que en ella se proponen. En todas tendrá cabida la minoría republicana.»

Esto explica la pacífica discusión de ayer, después de las muchas peripécias porque había pasado la proposición del Sr. Rodríguez.

Dice *La Reforma*:

«Aprobada ya la proposición Rodríguez, hoy se votarán las cuatro comisiones permanentes que en ella se proponen. En todas tendrá cabida la minoría republicana.»

Esto explica la pacífica discusión de ayer, después de las muchas peripécias porque había pasado la proposición del Sr. Rodríguez.

Dice *La Reforma*:

«Aprobada ya la proposición Rodríguez, hoy se votarán las cuatro comisiones permanentes que en ella se proponen. En todas tendrá cabida la minoría republicana.»

Esto explica la pacífica discusión de ayer, después de las muchas peripécias porque había pasado la proposición del Sr. Rodríguez.

Dice *La Reforma*:

«Aprobada ya la proposición Rodríguez, hoy se votarán las cuatro comisiones permanentes que en ella se proponen. En todas tendrá cabida la minoría republicana.»

nadie quedó satisfecho, porque la cuestión no era de más o menos libertad, sino de independencia de España, por manera que después de un mes de libertad de imprenta, asociación, etc., nos volvió por otro decreto a quitar las libertades, manifestando que se había equivocado; aunque según se dice de público, el Gobierno provisional fue el que por telegrama le echó una buena filípica por su precipitación en hacernos liberales a la española cuando ya lo estábamos a la americana; sea de ello lo que quiera, hoy ya se acabaron los periodiquines que constantemente nos estaban aseando por todas partes, y en los que no se leían mas que insultos contra España y los españoles.

Por lo demás, la insurrección se ha extendido por toda la isla, y el departamento Occidental, que permanecía tranquilo y en calma, apenas vio que sin pedirlo se le entraba por sus puertas la libertad de asociación, principió a gozar de ella arrojándose en partidas al grito de viva la independencia y mueran los españoles con otras lindes de este jaez. Ya no hay que extrañar que todos los capitales salgan para el extranjero, que no se vea un doble por un ojo de la cara, y que los billetes del Banco sean la única moneda para las transacciones comerciales; tampoco debe extrañarse verse salir todos los días multitud de vapores atestados de gente que marcha a otros países en busca de la seguridad personal que tan problemática se ha hecho en esta isla, desde la llegada del nuevo general, pues tiene su explicación en las nuevas libertades que se dignó traernos el Sr. Dulce, como una panacea de todos los males que sufríamos.

Dios quiera que lleguen pronto los refuerzos esperados, pues esto se ha concluido de echar a perder con la fatal política del general Dulce, que a nadie ha podido complacer, pues los revolucionarios esperaban con su venida la independencia, y los buenos españoles el castigo de los culpables, y como no ha hecho ni lo uno ni lo otro, de aquí que nadie está satisfecho de su gobierno.

El ejército todo está en campaña y aquí no tenemos más guarnición que los voluntarios que espontáneamente se han alistado para defender el noble pendón de Castilla, abandonando sus negocios por defender la ciudad. Nunca podrá enaltecerse bastante la patriótica conducta de estos buenos españoles que a costa de su sangre han sabido velar por el honor de España.

Hoy ha llegado un vapor con tropas de Cádiz y se esperan luego más, pero conviene que cuanto antes lleguen los refuerzos necesarios para poder dar una buena batida a la insurrección.

HABANA, 15 de Febrero de 1869.—Muy señor mío: No creía yo que esta carta sería más desconsoladora para Vd. que la anterior mía, por las fatales noticias que he de comunicarle. Cuando en 30 de Enero último dejé la pluma, me alentaba la esperanza, aunque remota, de que habría mejorado para este correo la situación del país y que ese beneficio se obtendría, merced a las precautorias medidas de la autoridad aquí, y gracias a los auxilios de tropas que se anunciaban próximos a llegar de la Península.

Pero marchando de desengaño en desengaño, hoy estamos ya en plena rebelión; todo el país en armas y el partido español desesperando de los refuerzos, desesperando de su jefes aquí.

Tome Vd. un mapa de la isla de Cuba y siga en él mis indicaciones. En armas, es decir, rebelado, el distrito de Bayamo, Holguín, Sagüí, Manzanillo y Santiago de Cuba en los que solo poseo el Gobierno las ciudades y el terreno que accidentalmente ocupan las tropas: en armas la jurisdicción de Puerto-Príncipe y la de las Nueve, en las que acontece lo mismo que en aquellas otras: la ciudad de Puerto-Príncipe, asediada por un tal Quesada, general mejicano que invadió la isla a la cabeza de 500 mejicanos y norteamericanos armados, y que ya hoy cuenta con un ejército de más de 8,000 hombres; en Nueve, dos batallones nuestros que cuando han probado marchar en auxilio de Puerto-Príncipe he tenido que retroceder ante fuerzas superiores rebeldes: en armas la jurisdicción de Sancti Spiritus, y en la que en un encuentro afortunado nuestras tropas han hecho prisionero a D. Miguel Cantero, jefe de una de las partidas insurrectas: en armas la jurisdicción de Trinidad, mandados los insurrectos por un prusiano llamado Otto Smith; D. Juan Espotrino, D. José María Izquierdo y Sánchez, rebelde compañero de Narciso López, es indultado por nuestro Gobierno, un tal Cavada, vice-consul americano, y por don José Lucena que en una acción acaba de ser prisionero en armas la jurisdicción de Cienfuegos, siendo los jefes del movimiento D. Juan Villegas, D. Diego González Abreu y un tal Obourle: en armas la jurisdicción de Villacura: en armas la jurisdicción de Colon: principiando el levantamiento de la de Güines: hirviendo de la Pinar del Río, Guaymas, Cárdenas, toda la isla en fin, y en las ciudades y conspirando a mansalva.

Es que al llegar a nuestras playas el general Dulce dió un indulto, mejor dicho, una amnistía por 40 días fatales, el país, es decir, la revolución, ha contestado tirándole al rostro su amnistía y alzando el pendón de la anarquía. Y no crea Vd. que aquí se pide otra cosa que independencia. En los campos los revolucionarios dicen separación absoluta: en las ciudades dicen autonomía, porque temen a los voluntarios, que son españoles; pero estos, como aquellos están muy lejos de ser fieles; para ellos la autonomía es el disfraz para ocultar su deslealtad, comprenden que obtenida la autonomía, la independencia está a la puerta. En una palabra, la revolución quiere engañar al Gobierno en las ciudades, al paso que habla sin embargo en los campos.

El partido español que es bien numeroso, pero que se compone de comerciantes, industriales y hacendados, ve acercarse la ruina, porque paralizados el comercio y las industrias, cada uno y todos están con las armas en la mano para defender la integridad nacional.

Interin el general Dulce no se mueve, esperando el cumplimiento del plazo de 40 días que dió a la insurrección. Dicese que cuando ese plazo cumpla (según sus palabras), la sangre llegará hasta la cincha de su caballo. ¡Y qué, le diríamos, que si llegue la sangre hasta cubrir caballo y ginele, se habrá hecho otra cosa más que coronar la obra de destrucción que una política absurda e incomprensible ha principiado? ¿Qué nos importa la venganza? Lo que hubiéramos deseado es que no hubiesen acaecido sucesos para ello.

La autoridad, los Gobiernos, tienen una misión paternal, no una misión de castigo; deben prevenir males y no deben dejar que asomen su cabeza para cortársela: impidiendo las revoluciones, se consigue que la riqueza pública no decaiga; dejando que reventen por el placer después de ahogarla, se logra que esa riqueza desaparezca; y de esto resulta mal para los pueblos, mal para los Gobiernos, porque la ruina de los unos alcanza a los otros.

La revolución hoy es aquí una guerra de exterminio. El asesinado, el incendio, están a la orden del día y se acercan momentos horribles.

El partido del orden, exasperado de la conducta de lenidad que se observa aquí con los conspiradores, se prepara para tomar venganza; es decir, que vamos marchando a la disolución.

Porque ya arden los ingenios: ya se arman los negros por los revolucionarios: ya han sido reducidos a pavesas la ciudad de Bayamo y el pueblo de Cauto.

¿A dónde está el general Valmaseda? Ni se sabe. A la cabeza de una columna de 2,500 hombres en el departamento de Cuba ó en el de Bayamo y en medio de una terrible revolución, el valiente Villate acaso sufre con una constancia digna de mejor suerte, sin auxilios ni recursos.

Y mientras, ¿qué hace ese Gobierno provisional, tan prodigo de grandes palabras, tan escaso de grandes hechos, para Cuba? ¿A dónde están los re-

fuerzos? ¿Por qué nos deja perecer? ¿Qué quiere?

«Nuestra ruina? Admitir esto sería terrible.

Los españoles de Cuba ya no esperamos en ese Gobierno que, con tanta indiferencia nos mira, y por eso apelamos al pueblo español.

Gallégo, asturianos, vizcaínos, navarros, alavés, catalanes, castellanos, valencianos, murcianos, andaluces, aragoneses, todos, en fin, los que formáis la nación, amparados, venid en nuestro auxilio y salvados, salvando esta provincia que quieren arrancarnos traidoramente cubriéndolos de baldón con su pérdida. Os parece justo que aquí derramemos hasta la última gota de nuestra sangre y sacrificemos hasta nuestros últimos recursos para defender la honra española, y que se nos abandone cual se nos viene abandonando?

¿Queréis que como tuvimos que dejar a Santo Domingo entre las burlas y la silba de toda la América, tengamos que dejar a Cuba entre el escarnio y el desprecio del mundo?

Y tú, Gobierno provisional, que dices que labras la fortuna de los pueblos, ¿por qué no nos socorres? ¿Acaso no somos acreedores a la protección tuya? ¿O quieres que con el recuerdo de tu nombre conserve la historia escrita con sangre la humillación de nuestro extranjero en Cuba?

Por vía del extranjero daré a Vd. mis noticias. En este momento me llaman a tomar el fusil para ir de guarnición a uno de los fuertes.

HABANA, 15 de Febrero de 1869.—«Amigo mío: Uno de sus correspondientes dijo a Vd. meses hace que «el levantamiento de las negradas de esclavos, sería el último acto de desesperación de los que se crean vencidos, sean ellos seamos nosotros.» Esa verdad que era un sentimiento de todos los habitantes de este país, es ya un hecho consumado en más de veinte ingenios del departamento Oriental. ¿Podremos darnos por contentos considerando ese acto vandálico como el último que los insurrectos han operado por creerse ya vencidos? De ninguna manera. Después de haber aniquilado el departamento Oriental se han corrido hacia el Central, cuya capital, Puerto-Príncipe, se halla sitiada completamente, sin víveres y sin comunicación alguna con el resto del mundo más de dos meses hace; y si no entran en ella los sitiadores no es porque no puedan, pues las bocas-calles se hallan abiertas y a su discreción, sino porque el gobernador encerrado en el cuartel, que ha fortificado con algunos cañones, les ha amenazado con destruir la ciudad donde tienen las madres, las hermanas y todos sus parientes y amigos, si entran en ella.

A los que digan, pues, que la insurrección está baldada ó es insignificante, puede darse por respuesta el hecho de un asedio de una ciudad de primer orden sin que los ejércitos del Gobierno hayan podido, no digo levantarla, sino ni aun introducir un convoy. Es verdad que el día que lo intenten lo lograrán venciendo todas las resistencias; pero también es cierto que no lo han intentado por ser necesarias las tropas en otros puntos. El hecho sin embargo existe, y demuestra que hace falta mucha gente, y pronto, para ahogar esa horda de incendiarios que con tal de libertarse de los españoles (así lo dicen), consienten en ser negros.

Pero no es solo en el campo donde se ha de sofocar la insurrección; es en la Habana, es en Matanzas, es en Cárdenas, es en Cienfuegos, es, en fin, en todas las ciudades y poblaciones de donde salen los recursos pecuniarios para comprar armas; es en la mar, por donde vienen esas mismas armas y los jóvenes que públicamente se embarcan en puertos ocupados por las autoridades españolas, se dirigen a Nasau (silla de nuestra flota aliada la Gran Bretaña) y desde allí se arman las expediciones que alimentan la insurrección.—Necesitamos, pues, muchos buques de corto calado, que vigilen las costas, aprehendan a esos especionarios y los ahoguen en los palos de sus mismos buques.—Necesitamos también algunos buques de guerra de mayor porte para tener en Nasau uno de guardia permanente y otros que den caza a esos filibusteros.

Necesitamos, sobre todo, una autoridad, que en lugar de ponerse a dar leyes, como las que verán Vds. en las *Cac-tas*, cumpla y haga cumplir las antiguas y veneradas compiladas en nuestros Códigos, que no han sido derogadas y que están vigentes en esta provincia.

Necesitamos una autoridad que coja a los conspiradores que viven entre nosotros, que frecuentan el palacio del capitán general, en el que hallan a todas horas las mayores distinciones y que ejecuten en sus personas las penas que prescriben aquellas sagradas leyes, insertas en nuestros Códigos, así como en los de todas las naciones, la primera la ilustradísima Inglaterra.—Un solo ejemplo bastará para que la gran mayoría de nuestros enemigos, que viven con nosotros, se abstengan de toda trama, de toda conspiración, de prestar auxilio alguno, de favorecer, en fin, a los que mas atrevidos han salido al campo.

Necesitamos un jefe militar que no sea tibio ni indolente, que arme en guerra todos los vapores mercantes que surcan estos mares, y todas las goletas, que sea posible para evitar que desembarquen los auxiliares de la insurrección.

No hace muchos días fué capturado un buque con 23 jóvenes, casi todos de la Habana, procedentes de Nasau, en rumbo hacia el departamento oriental. Mientras se les dió caza fueron arrojando a la mar todo el cargamento, que es de suponer consistiese en armas y municiones. Los juzga el comandante general del apostadero, y como fueron encontrados sin ningún papel de los que todo buque tiene obligación de llevar, ó han de ser calificados de piratas ó de insurrectos, y en uno y en otro caso las leyes que les son aplicables no pueden dar lugar a duda ni vacilación. Sin embargo, sus familias están muy tranquilas porque dicen que un elevadísimo personaje ha dicho que mientras resida en la isla no se ejecutará ninguna pena capital. ¿Será eso verdad? Se nos resiste el creerlo.

Por falta de recursos no debe marchar la guerra con frialdad. Los propietarios así como los industriales, por el lado del gobernador superior civil, nos hemos prestado a dar nueve millones de pesos por ahora y todos los demás fondos que sean necesarios.

El capitán general, además, tiene facultades para echar mano de todos los hombres y dinero que sean necesarios para atajar el incendio que se nos entra por la casa y toca ya a nuestras puertas. Si no lo hace es porque no quiere.

Mucho más pudiera decir, pero ha llegado la hora de recogerse la correspondencia.

*La Reforma* publica una carta del general Milans del Bosch, en que explica la causa de haberse retirado de la manifestación contra las quintas, del domingo, y de haberse hecho cargo de nuevo del gobierno militar de Madrid. Hé aquí los principales párrafos de dicho documento:

«A la vista de aquel espectáculo, inesperado para mí, me retiré profundamente afectado, comprendiendo a dónde iríamos a parar si semejante abuso continuase en una escala más alta cada día; y como soy liberal, y como soy democrata, y como me cuesta tantos sacrificios, tantos sufrimientos y tantos peligros el haber conquistado las libertades, estoy decidido, y hoy me he decidido más, a morir antes que emigrar otra vez.

Por eso marché en el acto a presentarme al Gobierno, que me había hecho la honra de no aceptar mi renuncia, a pedirle que me concediese la de ocupar nuevamente el puesto de gobernador militar de Madrid, para desde allí salir a las calles con la espada en la mano, batidome al lado de los liberales y democratas que sostienen las libertades públicas, contra los que, abusando de un modo tan lamentable de nuestros más preciosos do-

rechos, nos conducían otra vez a la reacción y al despojo borbónico.»

Los revolucionarios no advierten la inconsecuencia en que incurren al combatir el poder como abusos lo que en la oposición consideraron como derechos. Si mañana los Sres. Orensae y Castelar fueran Gobierno, probablemente deplorarían de la misma manera los abusos de los socialistas y de las sectas que los empujarían para hundirlos y suplantarlos. Así lo quiere la lógica.

*La Reforma* pide a sus amigos copia de todos los manifestos de los actuales diputados que se comprometieron a no votar por rey a Montpensier, para que sepa el país anticipadamente los votos con que cuenta aquel.

Bueno es que haya quien ajuste las cuentas a los padres de la patria, y mejor que lo haga un revolucionario.

## CORREO DE HOY.

*El Morning-Post* ha publicado un artículo sobre el incidente franco-belga, en el que dice que aun no se han determinado las bases relativas a esta cuestión cuyo examen será confiado a una comisión mixta.

Según el periódico inglés, Francia insiste en que para dar principio a las negociaciones admita Bélgica la validez de las concesiones hechas hasta ahora a la compañía francesa del Este.

*La France* al dar cuenta de este artículo dice, que ignora la verdad que tengan sus noticias, y asegura que el Gobierno francés está animado de los mejores deseos para resolver la cuestión; pero que al mismo tiempo está dispuesta firmemente a defender los intereses del país.

Las elecciones húngaras, que tanto han llamado la atención por los escándalos, riñas y combates a que han dado lugar, son, como todas, favorables al Gobierno. Este ha obtenido ya el Kuin de 263 diputados, mientras que la oposición ha sacado 143.

*La France* de hoy publica un artículo titulado *Po IX y Monseñor Darboy*. Hace días tenemos nosotros escrito otro sobre el mismo asunto, que por la abundancia de originales no hemos podido insertar; cuando le publiquemos daremos cuenta del de *la France*.

Un despacho telegráfico de Bucharest dice que el partido exaltado trata a toda costa de impedir las elecciones, previendo su derrota, y que procura promover desórdenes.

Según noticias de *La Voz de España*, se halla en Barcelona el Sr. D. Fermín Salvochea.

Leemos en el mismo periódico:

«Ayer a las tres de la tarde se vieron varias cuerdas de presos, al parecer personas muy decentes; ignoramos la causa.»

Según vemos en un diario de Barcelona, parece cierto que, lleno ya el cupo de voluntarios para Cuba, con los 230 que faltaban, el día 24 saldrán para su destino.

*La Revolución* de Zaragoza anuncia que la Diputación provincial de aquella provincia entregará en el Tesoro público los tres millones próximamente correspondientes al cupo de soldados que corresponden a la misma; evitando de esta manera conflictos y disgustos. Parece que se propone dicha corporación sacar la referida cantidad del empréstito que está realizando.

¿Qué ojo abrió el Sr. Figuerola?

El diario valenciano *Las Provincias* publica una exposición dirigida al ministerio por muchos agricultores valencianos, pidiendo representación en la comisión auxiliar de aranceles creada en Madrid.

Se trata de crear en Valencia un club espiritista, a semejanza de los que existen en Madrid, Sevilla y otras poblaciones.

Si seguimos progresando de este modo, dentro de poco se transformará España en una casa de Orates.

Según vemos en *El Euzalduna* de Bilbao, el domingo se celebró la reunión de los señores representantes de los distritos, diputación foral, regimiento y padres de provincia, acordándose el ofrecimiento de un contingente de 500 hombres que habrán hecho ya al Gobierno los diputados de Vizcaya.

*El Irurac-bat* lo hace subir a 1,000.

## ULTIMA HORA.

### CORTES.

Abierta la sesión bajo la presidencia del Sr. Martos, se leyó y aprobó el acta de la anterior.

Varios señores diputados presentaron diversas exposiciones.

El Sr. Soler preguntó al ministro de Ultramar si era cierto que se habían hecho deportaciones de insurrectos de Cuba, y pidió algunos documentos relativos a la diputación provincial de Zaragoza.

El Sr. Herreros de Tejada dijo que tenía que hacer una declaración dolorosa al Congreso, pero siendo corto el número de diputados que asistían, pidió al Congreso que se reuniese en secciones.

El Sr. Martos así lo acordó, y el Congreso se reunió en secciones.

Se ha dicho que la declaración dolorosa a que aludía el Sr. Herreros de Tejada, se refiere a la muerte de un señor diputado víctima de las bárbaras leyes del honor.



